



Paolo Polito*

Aray: Julio a secas

Mis recuerdos de Julio Aray vienen de los años setenta, cuando yo realizaba mi postgrado en psiquiatría en la Universidad Central de Venezuela y él venía ocasionalmente como profesor conferencista invitado a las reuniones clínicas de los viernes. Eran días especiales puesto que Julio Aray fue siempre generoso con su conocimiento y su experiencia psicoanalítica. Después, en los ochenta, lo reencontré en la Asovep (Asociación Venezolana de Psicoanálisis) como didacta y, en los dos últimos años de mi formación, como director del Instituto. Años difíciles por la separación de nuestra Asociación, en la que apreciados profesores, colegas y amigos fundaron la SPC (Sociedad Psicoanalítica de Caracas). Supliendo a los profesores ausentes, Julio Aray compartía con los candidatos sus conocimientos psicoanalíticos y su biblioteca personal.

Julio Aray insistía en ser tuteado, en ser llamado Julio, Julio a secas. En consonancia con el título de su libro *Sadismo en la enseñanza*, respetaba la comunicación horizontal y siempre se opuso a la infantilización de los candidatos.

Julio fue un trabajador infatigable, asombraba en nuestro ambiente su extensa casuística. Pienso que su obra más importante, por ser única en su clase, además de ser

* Asociación Venezolana de Psicoanálisis.

muy completa, fue *Aborto: estudio psicoanalítico*, de 1968; su *opera prima*, reeditada, revisada y ampliada en 1998. Sus otros libros son recopilaciones de trabajos presentados en la Asovep o en jornadas latinoamericanas de nuestra disciplina. Destaco, por ser temas poco tratados, sus trabajos sobre el hijo natural y sobre el guerrillero.

Julio sostenía que en la primera frase que dice el paciente, al comenzar la sesión analítica, está contenida toda la sesión y hasta toda su historia, al modo de una representación fractal. Añadiría yo: en la primera frase y en sus asociaciones, que son, de hecho, infinitas. Una idea afín a lo planteado por George Devereux –que también prestó especial atención al aborto en 1955– al explicitar alguno de sus principios metodológicos, a saber: primero, aquel que postula que, si hacemos un inventario de las diversas manifestaciones culturales posibles sobre un tema dado, por ejemplo el citado aborto, en un grupo amplio y variado de culturas, vamos a encontrar todas esas conductas culturales, pensamientos, mitos, etc., en una sola cultura; segundo, los hallazgos de los estudios psicológicos superficiales y extensos los encontramos en estudios limitados en número, pero estudiados en profundidad. Es decir, todas las variaciones en conductas, pensamientos y fantasías encontrados en extensos estudios estadísticos, están contenidas en el estudio de un solo individuo hecho en profundidad, con metodología psicoanalítica.

Una investigación psicoanalítica como la de Julio Aray sobre el aborto tiene, entonces, validez universal, si aceptamos los principios metodológicos señalados. Y esta es una idea que comparto y por la cual sostengo que los hallazgos psicoanalíticos de Sigmund Freud en la Viena decimonónica son válidos en las islas Trobriand, en las Normanby, así como en Caracas o en Buenos Aires hoy.

Julio se mueve, en su investigación sobre el aborto, desde aspectos generales vinculados al análisis del duelo y sus defensas, hasta otros aspectos más precisos: el estudio del suicidio, la sublimación, los efectos del aborto en el miembro masculino de la pareja, las vicisitudes de la pareja que aborta y los efectos de dicho aborto en los niños pequeños, hijos de la pareja.

Los ejemplos clínicos presentados a lo largo del libro dan cuenta de la fe de Julio Aray –en el sentido bioniano– en el psicoanálisis y en el método psicoanalítico. Julio se compromete con sus pacientes, acompañándolos en su búsqueda de la verdad por difícil y dolorosa que esta pueda ser. No le teme al análisis de la transferencia y la contratransferencia, ni al abandono del consultorio –si el análisis así lo requiere– con pacientes hospitalizados, con los cuales el encuadre pasa a ser el psicoanalista con su función analítica.

Julio Aray introduce al tema con valentía, llamando las cosas por su nombre. Haciéndole honor a Arnaldo Rascovsky, su mentor y maestro, nos dice: el aborto se trata de un filicidio, que en este caso no tiene nada de simbólico. Es real. Es un hecho concreto y consumado. Parafraseando a Freud: *matan a un niño*. Dicha situación tiene connotaciones siniestras y tal característica explica porque se le ha prestado poca atención científica al tema, ya que su investigación requiere de un análisis continuo de la transferencia para que el psicoanálisis no sea abortado y, sobre todo, de la contratransferencia, para que el psicoanalista tampoco aborte el tratamiento por una contraidentificación.

Julio nos plantea características similares en el duelo por un aborto, sea este espontáneo o provocado¹. En el aborto provocado se activan defensas primitivas, con la

1. Es interesante que en español se usa la misma palabra tanto para el aborto espontáneo como para el aborto provocado. En Venezuela, por ejemplo, para diferenciar el uno del otro, las mujeres usan para el aborto espontáneo la palabra "pérdida". En inglés y en francés se usan términos diferentes: *miscarriage* y *abortion* en inglés y *fausse couche* y *avortement* en francés.

negación en primera línea, junto con otras defensas maníacas que, al ser interpretadas, dan paso a la culpa persecutoria y luego a la elaboración depresiva y la reparación. En el aborto espontáneo, el duelo es una posibilidad que depende de la segunda serie complementaria: los factores predisponentes. Julio insiste en señalar que la experiencia del aborto remueve duelos anteriores no elaborados, o insuficientemente elaborados, por lo cual las defensas primitivas estarán presentes, mientras que en casos de personas con un yo mejor estructurado y factores predisponentes relativamente elaborados, el duelo seguirá un curso dictado por la culpa depresiva.

Hay características específicas del duelo en la mujer que aborta que lo hacen diferente a otros padecimientos asociados a la pérdida. En primer lugar, el daño causado no sucede exclusivamente en la fantasía, se mata en la realidad; luego, hay una pérdida real de partes del yo corporal que puede llegar a la pérdida del útero y la capacidad reproductiva de la mujer. Y finalmente, hay pérdida de partes del yo psicológico por identificación con el feto. En este duelo encontramos circunstancias que favorecen la negación, el enquistamiento del duelo y las defensas maníacas, como la anestesia o el no ver el objeto dañado y perdido. Otros factores aumentan las angustias persecutorias, como la indefensión del objeto, la culpa por el daño al objeto y al yo, o la pérdida de la vida propia por identificación con el feto perdido, relacionada con actuaciones masoquistas y con el suicidio. Los hijos de padres que han abortado tienden más a abortar por identificación con la *pareja parental filicida*.

Cuando Julio Aray reflexionaba sobre estos temas incluía a la mujer que aborta, a su pareja masculina y a los niños. Actualmente incluimos las parejas homosexuales femeninas y masculinas que recurren a una inseminación o a una fertilización *in vitro* y a una madre subrogada que podría abortar. Aquí, la actualidad del pensamiento psicoanalítico de Julio, una obra abierta al diálogo con las transformaciones y las mutaciones de lo social. En el caso de parejas homosexuales femeninas lo más común es que recurran a la inseminación de una de ellas. En esta situación, las vicisitudes emocionales conscientes pueden variar, pero las inconscientes serían semejantes a las de una pareja heterosexual, puesto que la mujer embarazada sería una integrante de la pareja parental. De manera que todas las ambivalencias con respecto al embarazo estarían presentes de acuerdo con las series complementarias. En la pareja homosexual masculina aparecen otras variables, ya que deben recurrir a una madre subrogada, un vientre en alquiler, que es extraña a ellos. Ella se embaraza y recibe un pago acordado por su trabajo, debiendo entregar el producto de su embarazo. Aparecen entonces fantasías de robo del niño tanto en la madre subrogada, que desea robar el producto de su embarazo, como la vivencia de que se lo roban a ella los padres que contratan su vientre. En la pareja homosexual (y aparece también en las parejas heterosexuales que recurren a esta manera de tener un hijo) aparece la fantasía de robar los bebés de la madre. El contrato legal que se firma entre las partes no protege ni previene las vicisitudes emocionales inconscientes que de seguro se presentan. El aborto de la madre subrogada puede relacionarse con fantasías paranoides de robo del bebé que se manejan con la trágica solución de “lo prefiero muerto antes que en los brazos de otros padres”. Es un requisito *sine qua non* que la madre subrogada haya tenido uno o más hijos antes de ejercer esta función, para así aliviar sus sentimientos de pérdida, ya que esta experiencia podría vivirse, por parte de ella, como haber tenido ¡un aborto de un feto vivo a término!

Aunque Julio no era psicoanalista de niños, transmitía una preocupación por el bienestar de los hijos de sus analizados. Sostenía que la comunicación de inconsciente a inconsciente es mucho más eficaz y verdadera que la comunicación

verbal consciente y racional. Por tanto, ante un aborto materno el hijo reacciona de manera muy emocional al percibirlo inconscientemente. Siente angustia ante la *pareja parental filicida* que también lo puede eliminar a él; también puede sentirse culpable por la pérdida debido a su rivalidad asesina; o puede querer salvar a los padres como objetos buenos prefiriendo ser él el culpable; aun más, puede querer reparar su hermano perdido recuperándolo simbólicamente, dramatizando un embarazo y un parto de un objeto sustitutivo bueno. Recuerdo especialmente a un niño de cinco años después del aborto espontáneo de su madre; se tragó una canica, su favorita; después estuvo evacuando en una bacinilla hasta que lleno de júbilo la recuperó, la lavó y siguió jugando con ella. Ejemplo parecido al que narra en detalle Sara G. de Jarast en el capítulo 7 del libro de Aray².

El inédito y aun más descuidado tema de los efectos del aborto en la pareja masculina es abordado doblemente por Matilde y Arnaldo Rascovsky y por Julio Aray en tres capítulos y a lo largo de toda la obra. Así vemos que el caso relatado en un capítulo dedicado al suicidio es de un hombre. En los hombres analizados, Julio encuentra, en casos de abortos provocados, las angustias paranoides, confusionales y depresivas debidas al filicidio. Además, en todos los analizados, hay una vivencia de castración por la ecuación pene = feto, al igual que fenómenos regresivos resultantes de la identificación con el feto, entre los que resaltan las actuaciones masoquistas y las inhibiciones sublimatorias. Nuestro autor describe una tipología familiar frecuente en los padres del hombre que aborta, conformada por “un padre ausente como padre y presente como seductor, con rasgos femeninos marcados”, sometido a su esposa y con características maníacas. También señala la identificación con la *pareja parental filicida*, así como la rivalidad fraterna, en la que la pareja representa a la madre embarazada y el feto el hermano odiado. A mayor envidia por la capacidad creadora de la madre, mayor es la tendencia a abortar y, en tanto retaliación superyoica, esto conduce a perder la propia capacidad creadora.

Las inhibiciones sublimatorias descritas por Aray tanto en las mujeres como en los hombres y los hijos de ambos son producto de la culpa persecutoria resultante del deseo, en los niños, y de la actuación filicida de los padres.

Pienso que la enseñanza más importante que nos trasmite Julio Aray a través de este texto fundamental es que el *modelo abortivo* es repetido. Y esta es la clave que hay que tener presente en el tratamiento de las personas que han tenido algo que ver con un aborto. Tienden a la compulsión de repetir este hecho traumático en todas las áreas de la vida, incluyendo el tratamiento psicoanalítico y las fuentes fundamentales de la felicidad, que como bien señaló Freud, son el amor y el trabajo.

Referencias

Aray, J. (1968). *Aborto: Estudio psicoanalítico*. Buenos Aires: Hormé.

Aray, J. (1979). *Sadismo en la enseñanza*. Caracas: Monte Avila.

Devereux, G. (1955). *A Study of abortion in primitive societies*. Nueva York: International Universities Press.

2. Julio apreciaba el acompañamiento de colegas queridos y admirados. En este libro cuenta con la compañía de Arnaldo y Matilde Rascovsky, de Sara G. de Jarast y de Eduardo Kalina, que trabajó en Caracas con adictos durante un tiempo.